

Babel y Pentecostés

La falsa unidad de la soberbia y la comunión nacida del Espíritu

Por Rodrigo G. Llanos Gómez

Nota: las referencias bíblicas siguen la numeración y abreviaturas habituales en Biblias católicas en español.

La torre de Babel y Pentecostés forman una de las grandes antítesis bíblicas sobre el lenguaje, la unidad humana y la relación del hombre con Dios. En ambos relatos aparecen pueblos, lenguas, cielo, nombre, reunión y dispersión. Pero esos mismos elementos se ordenan en direcciones contrarias. Babel muestra una humanidad que intenta elevarse desde sí misma; Pentecostés muestra una comunidad que recibe desde lo alto el Espíritu. Babel concentra para hacerse un nombre; Pentecostés envía para anunciar las grandezas de Dios. Babel termina en confusión; Pentecostés comienza con comprensión.

Leídos en conjunto, ambos relatos no solo contraponen confusión y entendimiento lingüístico. Revelan dos formas de concebir la unidad humana: una unidad fabricada desde la autosuficiencia, que termina dispersándose, y una comunión recibida como don del Espíritu, que se abre a la misión universal. En Babel, el hombre pretende alcanzar el cielo por su propia obra. En Pentecostés, Dios desciende para convertir la palabra humana en instrumento de evangelización. En Babel, una lengua común no basta para crear comunión; en Pentecostés, muchas lenguas no impiden la unidad de la fe.

El Génesis presenta a la humanidad hablando “una misma lengua con las mismas palabras” (Gn 11,1). Esa unidad, considerada en sí misma, no es negativa. La palabra común permite cooperación, memoria y trabajo compartido. Tampoco la técnica aparece condenada por sí misma: los hombres preparan ladrillos, los cuecen al fuego y emplean alquitrán en vez de argamasa (Gn 11,3). El problema no está en construir, sino en el espíritu con que se construye. La obra se orienta hacia una finalidad torcida: levantar una ciudad y una torre que alcance el cielo, hacerse un nombre y evitar la dispersión sobre la tierra (Gn 11,4).

Babel enseña que no toda unidad es comunión. Puede existir una coordinación eficaz sin obediencia interior; una empresa común sin humildad; una lengua compartida al servicio de una voluntad desordenada. La humanidad de Babel habla igual, pero no está unida en la verdad. Su concordia visible encubre una ruptura más profunda: la separación respecto de Dios. Por eso la confusión de las lenguas no cae



sobre una comunión sana, sino sobre una falsa unidad que ya estaba herida por dentro.

La torre que pretende alcanzar el cielo condensa el símbolo central del relato. El cielo no es solo una altura física; es signo de la trascendencia divina. Querer alcanzarlo mediante una torre no expresa únicamente ambición arquitectónica, sino una pretensión espiritual: subir por las propias fuerzas al lugar que solo puede recibirse como don. El hombre no espera que Dios descienda; intenta fabricar su acceso. No recibe su nombre; quiere producirlo. No vive como criatura llamada; pretende fundarse a sí mismo.

Aquí se ilumina el vínculo con la desobediencia originaria. En el Edén, la tentación había consistido en querer ser como Dios, apropiándose del conocimiento del bien y del mal (Gn 3,5). La ruptura comenzó como desconfianza ante la palabra divina y como deseo de poseer una medida que no correspondía al hombre. En Babel, esa misma lógica reaparece en clave colectiva. Ya no se trata del fruto tomado contra el mandato, sino de una ciudad y una torre levantadas desde la autosuficiencia. La desobediencia deja de mostrarse solo como acto personal y adquiere forma cultural, técnica y social.

Por eso la expresión divina “esto no es más que el comienzo de su actividad” posee tanta fuerza (Gn 11,6). Dios no mira únicamente una torre inconclusa; contempla una dirección histórica. La humanidad ha comenzado a organizar lenguaje, técnica y voluntad común sin referencia a su Creador. No se trata de que Dios tema el progreso humano. Dios no compete con el hombre. Lo que el relato juzga es una potencia colectiva sin límite moral, una libertad que se cree capaz de decidirlo todo sin recibir su medida de la verdad.

La intervención divina aparece, entonces, como un límite que salva. Dios baja a ver la ciudad y la torre (Gn 11,5). La ironía teológica es fina: los hombres quieren levantar algo que alcance el cielo, pero Dios tiene que bajar para verlo. Lo que al hombre le parece inmenso resulta pequeño ante Dios. La confusión de las lenguas no destruye a la humanidad; interrumpe una orientación peligrosa. No elimina la palabra; impide que una palabra unificada por la soberbia consolide una forma más grave de dominio.

La dispersión que sigue a Babel no es solo castigo, sino revelación. Muestra que una unidad construida contra Dios se deshace desde dentro. La humanidad que quería evitar la dispersión termina dispersa; la lengua que



debía asegurar la obra común se vuelve incapaz de sostenerla. La ciudad queda inconclusa porque su fundamento espiritual estaba quebrado. El nombre que los hombres querían hacerse queda asociado, paradójicamente, a la confusión.

Pentecostés aparece como la gran respuesta divina a esa herida. Pero no la responde restaurando una lengua única. El Espíritu no devuelve a la humanidad al estado anterior a Babel. Hace algo más alto: permite que pueblos diversos escuchen, cada uno en su propia lengua, las grandezas de Dios. La unidad que nace en Pentecostés no es uniformidad, sino comunión.

El contraste comienza desde la disposición interior. En Babel, los hombres dicen: “Vamos a construir” (Gn 11,4). En Pentecostés, los discípulos están reunidos en espera. Cristo les ha mandado aguardar la promesa del Padre y les anuncia que recibirán la fuerza del Espíritu Santo para ser testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaría y hasta el confín de la tierra (Hch 1,4-8). No se dan a sí mismos la misión; la reciben. No fabrican el Espíritu; lo esperan. En vez de diseñar una torre para subir, permanecen abiertos al don que viene de lo alto.

Hechos describe el acontecimiento con imágenes de gran densidad: desde el cielo se produce un estruendo como de viento fuerte; aparecen lenguas como llamaradas, se posan sobre cada uno, todos quedan llenos del Espíritu Santo y comienzan a hablar en otras lenguas según el Espíritu les concede manifestarse (Hch 2,1-4). La dirección se invierte por completo. En Babel, el hombre intenta ascender hacia el cielo. En Pentecostés, el cielo irrumpe sobre la comunidad. En Babel, el fuego cuece ladrillos para levantar una torre. En Pentecostés, el fuego se posa sobre personas y purifica la palabra para la misión.

El signo de las lenguas es especialmente significativo. La herida de Babel fue una herida del lenguaje; la gracia de Pentecostés toca precisamente la palabra. Pero no se trata solo de hablar idiomas. La lengua humana queda restituida en su finalidad. En Babel, la palabra servía para coordinar una obra de autoexaltación. En Pentecostés, la palabra sirve para proclamar las grandezas de Dios (Hch 2,11). El lenguaje deja de ser instrumento de poder y se convierte en testimonio.

Esta restitución alcanza su hondura cristológica cuando se recuerda que, para la fe cristiana, la Palabra no es ante todo un concepto, una doctrina o un sistema de signos, sino el Hijo eterno de Dios hecho carne. “En el principio existía el Verbo”, afirma san Juan, y ese Verbo “se hizo carne y



habitó entre nosotros” (Jn 1,14). Por eso, en Pentecostés, las lenguas humanas no son simplemente reparadas como medio de comunicación: son puestas al servicio de la Palabra viva, Cristo, a quien los apóstoles anuncian como crucificado y resucitado. La palabra humana queda así liberada de su encierro autorreferencial y ordenada a su vocación más alta: dar testimonio de la Palabra que salva.

También cambia el sentido del nombre. Babel quiere hacerse un nombre. Quiere asegurar memoria, prestigio, permanencia. La palabra se vuelve autocelebración: miren lo que somos capaces de hacer. Pentecostés desplaza el centro. Los apóstoles no salen a hacerse famosos ni a levantar su propio monumento. La multitud los oye hablar de las obras de Dios. La palabra apostólica no celebra a los discípulos; anuncia la acción divina.

El mandato misionero confirma esta orientación. Cristo resucitado declara que se le ha dado todo poder en el cielo y en la tierra, y envía a sus discípulos a hacer discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28,18-20). La misión cristiana no nace del deseo de grandeza de los apóstoles, sino de la autoridad de Cristo y del Nombre trinitario en el que son incorporadas las naciones.

En Babel, la humanidad teme dispersarse. Quiere concentrarse, fijarse, protegerse del riesgo de la salida. La ciudad es refugio contra la dispersión y monumento contra el olvido. En Pentecostés, en cambio, la salida se convierte en vocación. Jerusalén no funciona como una nueva Babel. No es una ciudad para retener a los discípulos, sino el punto de partida de una misión universal. Lucas recoge esta misma dinámica al presentar al Resucitado anunciando que en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén, y que los discípulos serán revestidos con la fuerza que viene de lo alto (Lc 24,46-49).

Así, la dispersión queda transfigurada. En Babel, dispersarse es consecuencia de la soberbia y límite impuesto a una falsa unidad. En Pentecostés, salir hacia todos los pueblos es fruto del Espíritu. La Iglesia nace reunida, pero no nace encerrada. Su comunión no depende de permanecer concentrada alrededor de una torre, sino de vivir unida a Cristo y enviada por el Espíritu.

Hay un aspecto más que no debe pasar inadvertido: el milagro de Pentecostés no está solo en el habla, sino también en la escucha. Hechos subraya que cada uno oía a los apóstoles hablar en su propia lengua (Hch



2,6). La gracia alcanza al predicador y al oyente. No solo concede palabra; abre oído. No solo mueve a los apóstoles; hace posible que los pueblos reciban el anuncio desde su propia lengua, su memoria y su pertenencia.

Esto permite distinguir con claridad entre uniformidad y comunión. Babel confunde unidad con concentración. Pentecostés muestra que la comunión puede abrazar la diversidad. El Espíritu no desprecia las lenguas particulares, no borra la historia de los pueblos, no impone una sola forma cultural. Hace que una misma verdad salvadora pueda ser escuchada en muchas lenguas. La pluralidad, que en Babel había quedado asociada a la fractura, se convierte ahora en cauce de misión.

Aquí aparece la catolicidad en su sentido más hondo. Católico no significa uniforme, plano o culturalmente homogéneo. Significa universal: capaz de abrazar a todos los pueblos sin destruirlos. Pentecostés no cancela la diversidad humana; la ordena hacia una comunión más alta. No vuelve a una humanidad de una sola lengua; inaugura una Iglesia capaz de confesar a Cristo en todas las lenguas.

Conviene advertir, además, que Pentecostés no es una escena de entusiasmo sin contenido. Después del signo de las lenguas, Pedro se levanta, interpreta lo sucedido y anuncia a Cristo (Hch 2,14-36). El Espíritu no sustituye la inteligencia de la fe ni vuelve innecesaria la predicación articulada. Al contrario, da claridad, valentía y sentido a la palabra apostólica. La comprensión que nace en Pentecostés no es mero fenómeno emocional; es apertura a la verdad de Cristo crucificado y resucitado.

Desde esta perspectiva, la Iglesia aparece como la figura opuesta a Babel. No porque destruya ciudades, lenguas o culturas, sino porque rechaza la falsa unidad de la autosuficiencia. La Iglesia no levanta una torre para alcanzar el cielo; vive del cielo abierto por Cristo. No busca hacerse un nombre propio; proclama el Nombre recibido. No encierra a los hombres en una ciudad de prestigio religioso; los convoca a una comunión que los envía.

La comparación ilumina también una tentación permanente. Babel no pertenece solo al pasado. Reaparece cada vez que una comunidad humana usa su palabra, su técnica, su organización o su poder para hacerse un nombre, cerrar filas, evitar toda dependencia y construir una seguridad sin Dios. Puede aparecer en la política, en la cultura, en la técnica, en la economía e incluso en formas religiosas cuando la misión se convierte en prestigio, dominio o autopreservación.



Pentecostés, por su parte, permanece como vocación. La Iglesia está llamada a no levantar torres de vanidad, sino a esperar y recibir el Espíritu; a no buscar nombre propio, sino anunciar el Nombre; a no usar la palabra como poder, sino como testimonio; a no temer la salida, sino vivir enviada. Cuando la Iglesia se encierra sobre sí misma, se aproxima a Babel. Cuando habla de las grandezas de Dios en lenguas comprensibles para los pueblos, permanece fiel a Pentecostés.

Por eso, Babel y Pentecostés no son solo dos relatos separados por la distancia entre el Génesis y los Hechos de los Apóstoles. Juntos forman una gran parábola bíblica sobre el destino del hombre. La torre queda inconclusa porque intenta alcanzar el cielo desde la autosuficiencia. El cenáculo se abre al mundo porque recibe desde el cielo la fuerza del Espíritu. Babel organiza la desobediencia; Pentecostés suscita testigos. Babel hiere el lenguaje porque lo pone al servicio de la soberbia; Pentecostés enciende la palabra porque la pone al servicio del Evangelio.

En Babel, la humanidad quiso subir al cielo sin gracia y terminó sin poder entenderse. En Pentecostés, Dios descendió sobre una comunidad pobre y expectante, y las lenguas dispersas comenzaron a escuchar una misma salvación. Allí donde el hombre había encerrado la palabra en su propia grandeza, el Espíritu la abrió para comunicar las grandezas de Dios. Y allí donde la torre quedó como monumento de la confusión, el fuego del cenáculo inauguró una comunión que no necesita borrar las lenguas para reunir a los pueblos en Cristo, Palabra viva del Padre.

29 de mayo 2026

